

Relatos / ASENSIO SAEZ

Levitar los domingos

A la vista estaba que la nómina ciudadana de curanderos, videntes, santones y echadores de cartas se robustecía considerablemente día por día.

-Yo, mire usted, he suspendido mis negociaciones de pimiento morrón con Barcelona porque esta semana el tarot nos amenazaba con los peores augurios a los *geminis*.

-Pues a mí me bastó con que Paca la *esotérica* pasara su santa mano sobre el forúnculo florecido en la parte derecha de mis asentaderas, con perdón, para su oportuna curación radical, que buenas vergüenzas como hombre pasé ante la Paca. Justamente a la semana, oiga, sana y salva la nalga, talmente la mejilla de un niño.

Los nuevos incrédulos del microondas y el ordenador agnósticos del bocate y la litrona podían vanagloriarse de la liberación de muchos fanatismos religiosos, de añosas creencias. No renunciaban, sin embargo, a la golosa atracción de los poderes ocultos, la magia, los conjuros, los amuletos, las cartas astrales... Se sentían ciertamente libres de aquellas más o menos molestas credulidades que durante siglos habían alimentado múltiples y refinadas culturas, pero acaban por escribir a Rappel.

María de la Encarnación Pérez, alias *la Pereta*, el más acreditado nombre entre la pintoresca tropa local dedicada a los misteriosos y en cierto modo atractivos menesteres ya mencionados.

-*Pereta*, librame de este mal de ojo.

-A mandar.

Pálida, de luto riguroso siempre, parca en palabrería, un tanto pavisosa, la verdad sea dicha, sus famas radicaban tanto en sus poderes curativos como en su otro don, no menos atractivo, de sus levitaciones llevadas a cabo en su propio huerto, justamente a las tres de la tarde de cada domingo.

Los periodistas, al amor de la evidente popularidad de *la Pereta*, acosaban a ésta, sagaces.

-¿Quién, yo, cobrar *la Pereta*? ¡Cá, no, señores! Sólo la voluntad.

Intervenía la madre, más apegada a los afanes temporales:

-Lo que tienen ustedes que decir es que no hay otra como mi *Pereta*. Porque, vamos

a ver, díganme si en cien leguas a la redonda pueden ustedes toparse con muchas hijas de Dios que, llegadas las tres de la tarde del domingo, entren en levitación, cada vez unos centímetros más lejos del suelo.

-Madre, que se me sube el pavo.

-Tú, a callar, cordera, que el proclama la verdad a Dios alabá. Santa de los altares, mi *Pereta*. Tomen ustedes nota: Santa Genoveva de Brabante, a su lado, una babucha; Santa Rita de Casia, una aficionada, y Santa Catalina de Siena, un quiero y no puedo.

A la hija se lo tenía advertido:

-Tú, a lo tuyo, corazón mío, a tomar viento fresco, ya me entiendes: quiero decir, dejarte aupar por el aire que convenientemente sople y, de este modo, poder sobrepasar un día la altura de la torre parroquial.

Más amplias así, con el paso del tiempo, las famas de *la Pereta*, el eco de sus levitaciones, cada vez más aparatosas; de sus infalibles curaciones: que si una quebrancia, que si un bubón inconfesable, que si un zaratan, que si un tabardillo, que si mi Noelia no alea desde que el novio la dejó plantada para unirse sentimentalmente con su prima...

De los pueblos vecinos arribaban autobuses especiales, vomitando completo muestrario de gentes aliquebradas o simplemente curiosas de presenciar las levitaciones de *la Pereta*, tan concurridas éstas que hubieron de buscar el cielo abierto de las afueras del pueblo, ya que la multitud, empaquetada como boquerones en conserva, llegaba a desbordar el perímetro del huerto, si generoso, en verdad, harto limitado para aquel gentío que, entre el sofoco y la lipotimia, recordaba las masas que Cecil B. de Mille, que gloria hubiera, gustaba manejar en sus películas, tantas veces pasadas y repasadas en el televisor o pequeña pantalla que, más finamente, gustaba decir *la Pereta*.

-Querer es poder, *Pereta*, ya sabes por dónde voy. Tú a lo tuyo, tesoro.

-Vale, madre.

Reclamando seguramente un hueco en el santoral del almanaque, ocurrió un día lo que más de uno esperaba que ocurriese. A las tres en punto de la tarde de un domingo, *la Pereta* empezó a despegar los pies del suelo,



ahora ganando la cupulilla del reloj del ayuntamiento, la antena de la emisora local, después; luego, la espadaña de las monjas Claras; la torre parroquial, en fin, hasta desaparecer, ya convertida en un mínimo punto flotante, en el azul de la tarde, tras las gudejas de unas nubes oriflamadas, estandarte de oros y naranjas, como pintado por pintor de campanillas. Dióse así por finiquitado el *show* el decepcionado personal, que hubo de

regresar a sus respectivos orígenes, a flor de corazón un punto de inevitable nostalgia, a sabiendas que jamás volverían a ver a *la Pereta*. Como le decía un edil del ayuntamiento local a la señorita Pura la farmacéutica, aprovechando el tumulto para el pellizco venial en su suculenta nalga:

-Verdad es que hemos perdido una ciudadana de pro, pero hemos ganado una santa en el cielo.